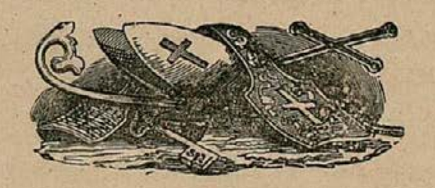
CARTA-PASTORAL

QUE EL

ILMO. SR. DR. D. JAIME CATALÁ Y ALBOSA,

OBISPO DE CADIZ Y ALGECIRAS, ETC., ETC.,

da al Venerable Dean y Cabildo, Párrocos, Clero, Religiosas y fieles de su jurisdiccion, en el mismo dia de su consagracion en la Santa Primada iglesia Catedral de Toledo.



13 de Abril de 1879.

MADRID:
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. EUSEBIO AGUADO,
calle de Pontejos, 8.

1879.

NOS EL DOCTOR DON JAIME CATALÁ Y ALBOSA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÁDIZ Y ALGECIRAS, ETC., ETC.

A nuestros Venerables Hermanos Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, Venerables Arciprestes, Curas y demás Sacerdotes y eclesiásticos, á las Religiosas y á los fieles de nuestra jurisdiccion, salud en el Señor.

Hondamente impresionado nuestro ánimo por la imposicion de las manos, conmovido nuestro corazon por las gratas emociones de la Consagracion Episcopal, y perfumado todavía nuestro cuerpo con el suave aroma del Santo Crisma, símbolo nobilísimo de la plenitud del Sacerdocio y de las gracias extraordinarias que acabamos de recibir, la primera idea que ocurre á nuestro entendimiento es la de escribir á vosotros, A. H. é H. C., á quienes *deseamos ardientemente ver para comunicaros alguna gracia espiritual con que seais confirmados, esto es,*

para consolarme junto con vosotros por aquella fé que tenemos los unos y los otros, vuestra y mia (1).

Y es que desde el primer instante de nuestra eleccion, nuestro espíritu, pobre y poco animoso, no descansa considerando que el Pastor de las almas no puede fiar su salvacion eterna sino á los cuidados que empleé para la salvacion de su rebaño, presentándose como modelo de virtudes cristianas á sus fieles: ni puede pensar en otra cosa que en atraerse el amor de sus ovejas por el amor de Jesucristo: ni le es lícito contar con otro premio de sus trabajos, que el inmarcesible de gloria ofrecido á los Obispos en el cielo: *Apacentad*, dice el Apóstol San Pedro, *la grey de Dios que está con vosotros, teniendo cuidado de ella, no por fuerza sino de voluntad, segun Dios: ni por amor de vergonzosa ganancia, mas de grado: ni como que quereis tener señorío sobre la clerecía, sino hechos dechado de la grey, y cuando apareciese el Príncipe de los Pastores, recibireis corona de gloria, que no se puede marchitar* (2).

Por esto hemos dedicado largas vigilias á rogar al Padre de las luces que nos las conceda copiosas, no solo para que comprendamos nuestros deberes de Pastor de vuestras almas, sino tambien y principalmente para alcanzar del Señor la gracia de acertar en los medios adecuados de cumplir aquellos; entre los cuales nos pareció siempre muy oportuno el de estudiar en las Santas Escrituras las sublimes enseñanzas, el divino arte, y la santa industria con que permitió Dios que entre los *Apóstoles y sus discípulos existiese un solo espíritu y una sola fé*.

---

(1) Ad Romanos, c. 1, v. 11 y 12.

(2) I Petri, c. 5, v. 2. 3 y 4.

Cuan útil sea esta unidad de espíritu y de fé para fundar sobre ella el vínculo de la paz, nos lo dirá elocuentemente la experiencia cotidiana, si no lo supiéramos de una manera indudable por la voz autorizada de los Libros Santos, de la Iglesia y de los Santos Padres. Es, pues, nuestro ardiente deseo, y nuestra mas grata esperanza se funda en confirmaros en la fé por el ministerio de nuestra palabra; que de este modo, á la par que lograremos identificarnos en los pensamientos y las acciones, *salvaremos á Nos mismo y á los que nos oyeren* (1), y cumpliremos el encargo del Apóstol, de *abrazar firmes la palabra de la fé, que es, según la doctrina, para que podamos exhortar segun sana doctrina, y convencer á los que contradicen* (2).

No llenaríamos cumplidamente nuestro ministerio, si no guardáramos además incólume aquel sagrado depósito, no solo en nuestro entendimiento, sí que aun en el de cada uno de vosotros, trabajando incesantemente y en la medida de nuestras fuerzas, para que el veneno de la incredulidad no se inocule en la sávia de vuestra alma, y para evitar que el lobo que se presenta disfrazado con piel de oveja, penetre en los pequeños apriscos de las familias cristianas, ni en los grupos ó reuniones de estas que forman los pueblos, ó en las asociaciones científicas, comerciales, industriales, ó en los círculos de recreo, ni en lugar alguno de los que son manifestacion y expresion de la cultura, del adelantamiento ó de las necesidades de la vida humana; por lo cual, y porque tenemos fé en la mision que Dios nos ha confiado, conjuramos á todos, así grandes como pequeños, á los que

---

(1) I Ad Timotheum, c. 4, v. 16.
(2) Ad Titum, c. 1. v. 9.

ejercen autoridad, como á los que prestan sumisos el obsequio de la obediencia, á ayudarnos en nuestra santa empresa. Ella es la causa de Dios, pero tambien es nuestra causa; que somos hombres y somos cristianos, y como hombres tenemos la obligacion de ayudarnos mutuamente en defensa de los principios que constituyen la única esperanza de salvacion de las modernas sociedades, y como soldados de Cristo, debemos vigilar á fin de que nuestro enemigo, que nos atisba por do quiera, para devorarnos, no haga presa en ninguno de nosotros.

Recordad que *esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fé* (1); y nosotros, que por dicha incomparable la hemos heredado pura de nuestros antepasados, á semejanza de los soldados que se ejercitan frecuentemente en el manejo de las armas, conviene que estimulemos nuestro entendimiento y nuestra voluntad con el ejercicio de los actos de fé en todas sus manifestaciones, para conservarla y fortalecerla contra todo género de enemigos.

Mas no es bastante que nos aprestemos á la lucha para defender nuestras santas creencias, ni que procuremos conservar viva en nuestro pecho la llama sagrada de la fé, porque sin ella es *imposible agradar á Dios* (2) *la fé sin las obras es muerta* (3), segun expresion del Apóstol Santiago.

Para que la fé permanezca siempre viva en nuestro corazon, y este se reanime constantemente con tan divina sávia, es necesario que nos prestemos docilmente á poner en práctica los preceptos, los consejos y las enseñanzas que derivan de aquella celestial virtud; y así ob-

---

(1) I Joann., c. 5, v. 4.
(2) Ad Hebr. c. 11, v. 6.
(3) Jacob. c. 2, v. 17.

tendremos como consecuencia inmediata, el consuelo, la paz y la tranquilidad de los espíritus, base y fundamento del órden y del bienestar de los pueblos, que es el premio inmediato que por la fé consiguen las sociedades humanas.

Conviene muchísimo conceder una importancia de primer órden á esta sencilla idea, que no por ser trivial para todo cristiano, deja de constituir la base y fundamento sobre que han de estribar otras muchas ideas filosóficas y morales, y casi diríamos todas las que atañen al ordenamiento de la sociedad, si los hombres que han el encargo de gobernar á los pueblos no quieren desviarse del camino trazado por la divina Providencia, para lanzarse á una sirte llena de peligros y de lóbregas veredas, que inexorablemente conduce á la barbarie, labrando la desventura de las naciones y de los individuos.

El olvido de esta máxima ha sido causa de que las modernas sociedades ofrezcan un espectáculo que aterra al hombre pensador. Se ha relegado al olvido más absoluto la idea de Dios por los que tenian el deber de fomentarla en libros y toda clase de publicaciones; se han desatendido los clamores y quejas de la Iglesia, que velando por la conservacion de las enseñanzas religiosas, señalaba el peligro que se creaba para el pueblo, envenenándole moralmente de varias maneras; y hoy ya nos es dado, por desgracia, tocar con la mano las consecuencias del inconsiderado proceder de los que se atribuyeron el deber y el derecho de guiar y regir á la sociedad.

Por do quiera encontrareis en gran número aquella raza de hombres que *aunque conocieron á Dios no le glorificaron como á Dios, ó dieron gracias, antes se desvanecieron en sus pensamientos y se oscureció su corazon insensato: porque teniéndose ellos por sábios, se hicieron nécios*

y mudaron la gloria del Dios incorruptible, en semejanza de figura de hombre corruptible..... Mudaron la verdad de Dios en la mentira, y adoraron y sirvieron á la criatura antes que al Criador (1), *y niegan que Jesucristo es solo nuestro Soberano y Señor..... y blasfeman de todas las cosas que no saben* (2). De los cuales está escrito: *Todos se desviaron á una, se hicieron inútiles; no hay quien haga bien, no hay ni uno solo. La garganta de ellos es sepulcro abierto; con sus lenguas fabrican engaños; veneno de áspides bajo los lábios de ellos, cuya boca está llena de maldicion y de amargura; veloces los piés de ellos para derramar sangre, quebranto y calamidad en los caminos de ellos; y no conocieron camino de paz: no hay temor de Dios delante de los ojos de ellos* (3).

El desvío de las máximas de la Iglesia Católica, y el alejamiento en que muchos de los cristianos se han colocado ~~delante~~ de Dios y de su Cristo, son, sin ningun género de duda, causa de «esta subversion tan universal »de los principios sobre que, como su fundamento, des»cansa el órden social; de la terquedad de los ingénios, »que no toleran ninguna sujecion legítima; del perenne »fomento de discordias, de que nacen las contiendas in»testinas y las crueles y sangrientas guerras; del des»precio de toda ley de moralidad y de justicia; de la in»saciable codicia de los bienes caducos, y del olvido de »los eternos, llevado hasta el loco furor que arrastra fre»cuentemente á tantos infelices á darse la muerte; de la »imprevisora administracion; de la dilapidacion; del des»pilfarro y la malversacion de la fortuna pública; de la »impudencia de los que con pérfido engaño quieren ser

(1) Ad Romanos, c. I, v. 21, 22, 23 y 25.
(2) Jud. I, v. 4 y 10.
(3) Ad Romanos, c. 3, v. 12, 13, 14, 15, 16, 17 y 18.

»considerados defensores de la pátria, de la libertad, y »de todo derecho; del mortal malestar, en fin, que ser»pentea por las mas escondidas fibras de la humana so»ciedad, teniéndola inquieta y amenazándola con envol»verla en espantosa catástrofe.» (1)

Hé aquí pintado de mano maestra, por el inmortal Pontífice que hoy rije los destinos de la Iglesia, el cuadro de los efectos que en los individuos produce el abandono de los principios religiosos. Todavía podríamos añadir algunas sombrías pinceladas acerca de las consecuencias que á las sociedades trae el desprecio de la Religion y de la moral cristiana, tomando al natural el espectáculo que ofrece el mundo al presente. Crujen los cimientos de los mas sólidos imperios; los tronos seculares se derrumban; las instituciones religioso-político-sociales se desmoronan; acá y allá, ruinas de todas clases nos indican que han existido instituciones á las que ha derribado el huracan revolucionario; las bases mismas de la sociedad cristiana, cuarteadas por do quiera, nos avisan el peligro que corremos de seguir la suerte de otras naciones que han visto desaparecer la Religion, las letras, las artes, la civilizacion, y hasta la misma sociedad. Unas veces la tempestad, en forma de ciclon, troncha en un instante los mas sólidos ángulos de los edificios sociales y religiosos; otras veces, á semejanza de caudaloso rio, cuyas aguas suben paulatinamente, pero sin cesar, lame y socava los robustos muros de aquellos, amenazando barrer todo lo que el Catolicismo ha creado de grande, de bello, de útil y provechoso para la sociedad.

A la vista de tan grandes peligros, que no son visio-

---

(1) Carta Encíclica de 21 de Abril de 1878.

nes de una imaginacion calenturienta, sino que están demostrados por una desdichada esperiencia de todos los dias, Nos, que hemos sido colocados como centinela de Israel, tenemos el deber de dar la voz de alerta á vosotros, A. H. é H. C., y llamar con el amoroso silbido del pastor celoso del bien de sus ovejas, á pobres y á ricos, á sabios y á iliteratos, que á todos somos deudores de nuestro ministerio, á fin de que os recojais en apretada haz en derredor de vuestro Obispo, y busqueis en el arrecife de la Iglesia, al propio tiempo que la salvacion de vuestras almas, la paz, la tranquilidad y hasta vuestro propio bienestar en esta vida.

Nos hallamos bajo la terrible influencia de una gran tempestad social, y, revueltas en las aguas turbias del colosal aluvion, vense las verdades mas sencillas de la filosofía con las mentiras mas estupendas, los hechos mas claros de la historia con las escentricidades mas raras, los elevados conceptos de la moral con las elucubraciones mas estravagantes, y hasta los axiomas del sentido comun con las necedades mas absurdas. Para convencerse, basta ojear libros, folletos, novelas, periódicos y otras publicaciones: leer las revistas de teatros y las descripciones de las fiestas y funciones de recreo: oir las relaciones de lo que se dice en tertulias, visitas y reuniones de confianza: observar cuidadosamente todas las manifestaciones de la vida social. La confusion en las ideas no puede ser más espantosa, y no es posible señalar otra causa á tamaño desbarajuste de los principios, que el desconocimiento de las verdades de la Religion y la indiferencia por practicar la moral del Santo Evangelio. Si fuese posible que nuestros cristianos abuelos se levantaran de sus tumbas, de seguro que no conocerían la tierra que habitaron. ¡Tal y tan grande es el cambio que en el órden de las ideas y en la práctica de los deberes reli-

giosos se ha verificado en este siglo! ¡Y sin embargo nosotros todavía nos llamamos católicos como ellos! La verdad católica, A. H. é H. C., no es mas que una: aquella que se apareció como *gracia de Dios enseñándonos que, renunciando á la impiedad y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo, sóbria, piadosa y santamente* (1).

Ya no caben distingos ni aplazamientos. La sociedad se halla al borde del abismo, y los individuos han perdido la brújula que les guiaba entre los escollos y peligros. Solo queda un faro, claro, radiante, que anuncia una playa sin costas bravas, y nos pone de manifiesto un puerto inmenso de refugio seguro. Este faro es la santa Fé católica; estas playas son las plácidas costas de la Iglesia. A estas debemos acogernos sin demora; á aquel debemos volver nuestros ojos antes que la cerrazon de la atmósfera impía que nos rodea, sea tan densa que ya no podamos distinguir los destellos del luminoso foco de la Revelacion Divina.

Vosotros, A. H. é H. C., sois católicos, y por tanto no necesito esforzarme en exhortaros, *que no os escribo mandamiento nuevo sino mandamiento antiguo..... el mandamiento antiguo es la palabra que habeis oido.....* (2), á saber, las verdades puras de la fé que os inculcaron vuestras cariñosas madres mientras mecian vuestra cuna; las pequeñas enseñanzas que recibisteis de vuestros maestros en la edad más tierna; los elevados conceptos de la santa moral católica que con encanto indefinible escuchábais de los labios del sacerdote en vuestra juventud; las ideas divinas que la Iglesia, maestra infalible de la verdad, no cesa de predicar en todas las formas posibles; los escritos

(1) Ad Tit. c. 2, v. 11.
(2) 1.ª Joan. c. 1, v. 7.

de los Santos Padres y de los filósofos cristianos; los Santos Cánones de la Iglesia, que esplican la ley cristiana en su más recto sentido; las alocuciones, las Encíclicas y los Decretos del Supremo Gerarca de la Iglesia; los venerables documentos en que los Apóstoles nos han legado *lo que vieron y oyeron y sus manos tocaron del Verbo de la vida* (1); las sagradas páginas del libro inmortal de los Santos Evangelios, que llenan de pasmo y de admiracion, por su sabiduría, á los infieles é incrédulos; y de gozo y alegría á los cristianos que hemos tenido la dicha de ser evangelizados.

Estas enseñanzas constituyen, A. H. é H. C., un sistema completo, en que se comprende la única ciencia verdadera, y la única panacea que mitiga todos los males morales individuales y sociales (ya que curarlos no pueda, á causa de nuestra mísera condicion humana), porque es la verdad sin dudas, ni vacilaciones, luz brillante que embelesa, iman que atrae los entendimientos, y roba, por decirlo así, los corazones de los hombres, y los embriaga con su suavidad, y los fortalece con su vigor, y los santifica con su virtud; *pues el fruto de la luz del Evangelio consiste en toda bondad, y en justicia y en verdad* (2).

Ojalá que todos vosotros, A. H. é H. C., cerreis para siempre vuestros oidos á las pérfidas sugestiones de los que minan el terreno de vuestra dicha, *é impulsados por todo viento de doctrina*, no cesan de predicar errores contra la religion, máximas opuestas á la moral, y doctrinas contrarias á todo poder, á toda sujecion y á toda autoridad. Desdeñad, A. H. é H. C., á estos apóstoles de la

---

(1) 1.ª Joan, c. 1, v. 1.
(2) Ad Ephesios, c. 5, v. 9.

mentira, y en medio de las lobregueces del infortunio, volved los ojos á nuestro Señor Jesucristo, nuestro buen Dios, que os dice: *Yo soy el camino;* y cuando el entendimiento, ofuscado por las sombras de la duda, se agite en busca de luz intelectual, recordad que el mismo Señor ha dicho: *Yo soy la verdad;* y si amargada vuestra existencia os sentís desfallecer, tened presente que el Verbo de Dios dijo: *Yo soy la vida.* Sí, A. H. é H. C.; Jesucristo es *el camino, la verdad* y *la vida* (1): vida de nuestra alma, alma de nuestro sér, sér de nuestra existencia en este mundo y existencia de nuestra vida en la eternidad. Por esto si nos preciamos de católicos, debemos recordar constantemente que no somos tinieblas, sino luz en el Señor, y debemos andar como hijos de la luz, confesando siempre á Jesucristo con firmeza, siguiéndole con constancia, amándole con deleite, proclamándole con San Pablo el triunfador de nuestros corazones, el rey de nuestra alma, el Señor de nuestros sentidos y potencias: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

Hé aquí en brevísimas palabras lo que principalmente siente nuestro corazon en estos momentos. Hé aquí el ardiente deseo de nuestra alma, á saber, que todos vosotros, sacerdotes y seglares, os unais á vuestro Obispo para labrar juntos nuestra santificacion, entrando resueltamente en el redil de la Iglesia. Nos estamos dispuestos á dar la última gota de sangre por vosotros y por nuestra fé. Corresponded á este santo propósito con una adhesion íntima y sincera á vuestro Pastor y á las enseñanzas de la Iglesia, á fin de que un dia podamos presentar la diócesis de Cádiz compacta, como un solo hombre, á los piés del Pastor de los Pastores, y de-

---

(1) Joan. 14, v. 6.

cirle: Santísimo Padre, aquí teneis á los fieles que me habeis confiado, de los que á ninguno he perdido, sino que todos se han salvado en el arca Santa de la Iglesia.

Para alcanzar los resultados que nos proponemos obtener en nuestro ministerio, contamos en primer lugar con vosotros, amadísimos Colaboradores, y *os exhortamos á que combatais por la fé que ya fué dada á los Santos. Porque se han entrado disimuladamente ciertos hombres impios..... que niegan que Jesucristo es solo nuestro Soberano y Señor* (1). Vosotros les vencereis con la espada de vuestra palabra, y les confundireis con la eficacia de vuestras virtudes, haciéndoos merecedores de loa y acreedores á los premios que Nos podamos dar; *que los presbíteros que gobiernan bien son dignos de doblada honra, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar* (2).

Confiamos singularmente en la sabiduría, en la discrecion y prudencia de los que de entre vosotros son nuestros naturales consejeros, porque constituyen por derecho de la Iglesia el Senado del Obispo. Las Santas Escrituras enseñan que *se debe oir siempre á los ancianos* (3), porque *el sentido de estos es la sabiduría* (4); y Nos, que sabemos que nuestro Cabildo ocupa tan merecidamente, como por derecho, el lugar de aquellos, tenemos la consoladora esperanza de que en la próspera y en la adversa fortuna para los intereses de la Iglesia, en los asuntos graves y en el manejo y administracion de las cosas eclesiásticas, así como en el ejercicio de nuestro Aposto-

---

(1) Jud. v. 3 y 4.
(2) Timot. c. 5, v. 17.
(3) Eccli. c. 8, v. 11.
(4) Eccli. c. 9, v. 24.

lado, hallaremos en nuestro venerable Cabildo, consuelo, resolucion y ayuda.

No esperamos menos de nuestros venerables Arciprestes y Curas párrocos que comparten con Nos los trabajos apostólicos, y sostienen el trabajo del dia y de la agitacion contínua. Vosotros, amados Sres. Curas, sois los brazos del Obispo, que se multiplican en todas las parroquias de la diócesis por vuestro ministerio, y las piedras angulares sobre que descansa el edificio religioso. Sin vuestros eficaces auxilios nuestros pobres trabajos serían impotentes para alcanzar los frutos que ha de producir la semilla del Evangelio, que nuestro buen Dios se ha dignado esparcir en el dilatado campo de esa jurisdiccion diocesana.

Ni son inferiores en valor el celo, la abnegacion y el trabajo de los demás presbíteros y eclesiásticos, que nos ayudarán con sus luces, el ejemplo de sus virtudes y el ejercicio del sagrado ministerio á llevar la carga de las distintas obligaciones que sobre Nos pesan.

Pero la mas preciada de todas nuestras esperanzas se funda en nuestro Seminario. Los Catedráticos reunen á nuestros ojos todos los títulos que tienen á nuestra consideracion los demás eclesiásticos: son sacerdotes, y comparten con Nos el ejercicio del sagrado ministerio: son sabios, y enseñan la ciencia á los jóvenes levitas que un dia han de ser los rectores en la Iglesia: son virtuosos, y practican la mas noble de las obras de caridad, casi sin esperanza de premio en este mundo, y sin los consuelos que proporcionan otros ministerios de la Iglesia. ¿Qué no es lícito esperar de vosotros, queridísimos Colaboradores nuestros, en el cuidado del plantel de aspirantes al Sacerdocio? Y ¿qué no podremos esperar tambien de vosotros, clérigos y estudiantes del Seminario, que en la casa de Dios sois tenidos como los Benjamines

entre los demás hermanos? Vosotros correspondereis, no lo dudamos, á las especiales muestras de afecto que por vosotros nutre la Iglesia y á el especialísimo cariño de vuestro Obispo, que no olvidará jamás que ha sido colegial primero y catedrático despues en el Seminario de su diócesis, y que cobijado bajo aquellas bóvedas santas dió los primeros pasos en la carrera del Sacerdocio.

Mucho esperamos asimismo de las oraciones y de los piadosos trabajos de las Esposas santas de Jesucristo, así de las que se dedican á la vida contemplativa, como de las que consumen sus fuerzas en obras de caridad. Estas y aquellas son parte escogidísima de nuestra grey. Sin ellas la Iglesia Católica careceria del esmalte y belleza que la prestan con sus obras buenas, su piedad y su amor á Jesucristo, á cuyo cuerpo místico siguen en todas sus tribulaciones, como las santas mujeres del Evangelio acompañaron al Salvador en el camino de su amargura y en el Calvario. Vosotras, H. C., al igual que vuestros prototipos, tendreis la dicha de asistir á la Resurreccion del Cuerpo místico de Jesucristo, alegrándoos en la misma medida en que ahora tomais parte en su dolor, y prestando al cuadro de la regeneracion social la belleza de vuestro júbilo, como le prestais en sus amarguras los encantos de vuestras virtudes.

Confiamos, por último, en todos nuestros diocesanos, autoridades y súbditos, nobles y plebeyos, viejos y jóvenes, sábios y no instruidos, virtuosos y pecadores; que todos perteneceis al redil de Jesucristo y todos estais en la era de la Iglesia, constituyendo el grano si sois buenos, la paja si estais dominados por el pecado, pero al fin dentro de la era estais. Sed, H. C., lo que debemos ser los cristianos. *Los ancianos sóbrios, honestos, prudentes, sanos en la fé, en la caridad y en la paciencia. Las ancianas asimismo en un porte santo...... maestras de lo bueno:*

que enseñen prudencia á las mujeres jóvenes, á que amen á sus maridos, y quieran á sus hijos; que sean prudentes...... sóbrias; que tengan cuidado de la casa, benignas, obedientes á sus maridos, para que no sea blasfemada la palabra de Dios (1). *Os escribo á vosotros, padres, porque habeis conocido á Aquel que es desde el principio* (2). *No provoqueis á ira á vuestros hijos, mas criadlos en disciplina y correccion del Señor* (3). *Escribo á vosotros, jóvenes, porque habeis vencido al maligno. Os escribo á vosotros, oh niños, porque habeis conocido al Padre* (4). *Hijos, obedeced á vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Honra á tu padre y á tu madre..... para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra* (5). *Criados, obedeced á vuestros amos temporales con temor y con respeto en sencillez de vuestro corazon como á Cristo..... Sirviendo con buena voluntad, como al Señor y no como á los hombres..... Y vosotros los amos haced eso mismo con ellos, dejando las amenazas: sabiendo que el Señor de ellos y el vuestro está en los cielos, y que no hay acepcion de personas para con él* (6). Y sed todos, como buenos cristianos, obedientes y sumisos á toda clase de autoridades; *porque no hay potestad sino de Dios; y las que son, de Dios son ordenadas. Por lo cual, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios..... Pagad á todos lo que se les debe: á quien tributo, tributo; á quien pecho, pecho; á quien temor, temor; á quien honra, honra* (7).

---

(1) Ad Titum, c. 2, v. 2, 3, 4 y 5.
(2) 1.ª Joan. c. 2, v. 13.
(3) Ad Ephesios, c. 6, v. 4.
(4) 1.ª Joan. c. 2, v. 13 y 14.
(5) Ad Ephesios, c. 6, v. 1, 2 y 3.
(6) Ad Ephesios, c. 6, v. 5, 7 y 9.
(7) Ad Rom. c. 13, v. 1, 2 y 7.

¡Oh si tuviésemos la fortuna de que nuestras palabras llegasen al oido y al corazon de cada uno de vosotros, A. H. é H. C.! ¡Qué dicha no sería para Nos, si pudiéramos ser amados, respetados y escuchados por vosotros, como lo fué el Pastor celosísimo que, oprimido por el peso de los años y de los achaques, se ha visto obligado á dejar los cuidados de la vigilancia pastoral de esa Diócesis! Junto á vosotros está, y abrigamos la dulce esperanza de que no nos abandonará en toda su vida. No ha dejado de ser vuestro Padre, y vosotros no podeis olvidar nunca que sois los hijos de su corazon. Nos mismo nos honramos con tenerle por nuestro maestro, nuestro padre y nuestro edificante modelo! En sus oraciones, en sus enseñanzas, y sobre todo en el ardiente amor que siente por sus hijos de Cadiz, confiamos de una manera especial, abrigando la firme esperanza de que será siempre una especie de ángel tutelar de vosotros, de Nos y de la Diócesis. Nos procuraremos por nuestra parte atenderle con todo género de obsequios, y consideraremos como prestados á Nos las atenciones, preferencias y obsequios que os sirvais tributarle.

Debeis por último, tener presente que Nos, no nos consideramos otra cosa que un mandatario del Vicario de Jesucristo, Obispo de los Obispos, Pastor de los pastores, Piedra angular del edificio religioso, roca inmóvil sobre que descansa nuestra fé, y Cabeza de la Iglesia, á quien hemos de dar estrecha cuenta del gobierno y administracion de esa Diócesis. Hoy se llama con el gloriosísimo dictado de Leon XIII; y además de la filial reverencia que debemos á nuestro amado Pontífice, de la sumision absoluta con que le estamos sujetos, y del rendimiento con que le decimos: *Petre, doce nos*, jamás olvidaremos, mientras la vida aliente nuestro pecho, que tenemos contraidas con nuestro santísimo Padre Leon XIII

grandes deudas de gratitud. Por la salud de nuestro inmortal Pontífice rogaremos todos los dias. Por su libertad é independencia estamos dispuestos á sacrificar nuestra vida y á darle de buen grado todo cuanto Nos pertenezca. Nos esperamos que vosotros abrigareis iguales sentimientos, y que, unidos á vuestro Obispo, consolareis al Sumo Pontífice con todo género de consuelos: con vuestra fé y con vuestra piedad, para manifestarle que sois verdaderos hijos de la Iglesia: con vuestra adhesion á su Sagrada persona, para demostrarle que pensais como Él, sentís como Él, y que estais dispuestos á seguir en todo sus santas enseñanzas: con vuestras oraciones, para patentizar que tomais parte en sus aflicciones; y con vuestras dádivas, para ayudarle, en la medida que vuestras fuerzas permitan, á ejercer su Augusto Ministerio. No necesito recordaros que es aflictiva por demás la situacion en que se halla el Padre y Pastor de todos nosotros, privado de sus Estados, y obligado á atender al cuidado y régimen de la Iglesia universal con las oblaciones de los fieles: por lo cual Nos sentiríamos la mayor de las complacencias y reputaríamos como un obsequio especial hecho á Nos el que, con motivo de nuestra próxima llegada á Cádiz, se organizára una colecta general en toda la Diócesis, para enviar á nuestro Santísimo Padre Leon XIII una ofrenda digna de vuestra fé, de vuestra generosidad y de vuestros elevados sentimientos religiosos.

Para animaros y fortaleceros en estos y en aquella enviamos á todos vosotros, A. H. é H. C., nuestra pastoral bendicion, que os damos en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo ✠. Amen.

Dado en Toledo, firmado de nuestra mano, sellado con el escudo mayor de nuestras armas, y refrendado por

el infrascrito Pro-Secretario, el dia de nuestra Consagracion Episcopal, Festividad de la Resurreccion del Señor, trece de Abril de mil ochocientos setenta y nueve.

Jaime, Obispo de Cadiz y Algeciras.

Por mandado de S. S. I. y R. el Obispo mi Señor,
Lic. D. José Casas y Galan,
Pbro. Pro-Secretario.

